

COLOMBIA

Un país se hace —o se deshace— año tras año. La suerte de Colombia no la deciden los dioses ni el azar: la decidimos, día tras día, nosotros mismos.

HÉCTOR ABAD GÓMEZ

Médico salubrista, maestro y defensor de los derechos humanos · 1921–1987

Un país se hace —o se deshace— año tras año, día tras día, hora tras hora. A un país lo hacen — como han hecho con todo el mundo— sus trabajadores. Lo destruyen sus malos gobernantes, sus malos políticos o sus malos generales.

¿Qué haremos de Colombia los colombianos durante los próximos trescientos sesenta y cinco días? Lo que queramos o no queramos hacer de ella. Un país de paz o un país de guerra. Un país de honestidad y trabajo o un país de odio y destrucción. Un país de escuelas, de universidades, de fábricas, de surcos abiertos, o un país de peleas, de combates, de trincheras internas, de balas y cuchillos.

¿QUÉ HAREMOS DE COLOMBIA?
UN PAÍS DE PAZ O UN PAÍS
DE GUERRA

¿Quiénes decidirán todo esto? Nosotros mismos. ¿A quiénes les interesa que sea de una u otra manera? A nosotros mismos.

Por desgracia, la sensatez y el patriotismo no son características generales de todos. También existen —y en mayor grado de lo que sería deseable— el odio, el fanatismo, la subterránea ambición: de lucro, de gloria, de venganza, de fama, de poder.

El año que comienza estará lleno de todas estas cosas. No somos un país de ángeles, pero tampoco de demonios. Somos un país de hombres y mujeres comunes y corrientes, con las cualidades y defectos que, a través de la historia humana, hemos venido adquiriendo o perdiendo.

Un país donde existen los mejores trabajadores y los peores ociosos. Un país donde existen el odio y el amor, el trabajo y la destrucción, la confraternidad y la violencia, todo esto mezclado en proporciones variables.

De la mayor o menor preponderancia de todos estos factores dependerá lo que algunos llaman «nuestra suerte». Que no es buena o mala, al azar, a lo que decidan los «dioses». Sino, buena o mala, según nosotros mismos lo decidamos.

Hemos tenido buenos y malos gobernantes, buenos y malos políticos, buenos y malos generales, buenos y malos obreros, buenos y malos maestros, buenos y malos médicos. Pero nunca hemos tenido un mal pueblo.

La enorme mayoría de nuestros campesinos, de nuestros obreros, de nuestros maestros siempre ha trabajado, laborado y enseñado, cuando los hemos dejado, cuando se les paga y cuando no se les trata con demasiada injusticia. Nuestros promotores rurales de salud, enfermeras, médicos, ingenieros, agrónomos, veterinarios, administradores, periodistas, artistas han trabajado bien cuando se les ha dado la oportunidad de hacerlo.

¿Por qué, entonces, no nos dedicamos a seguir construyendo nuestro país, como tantos lo han venido haciendo, y seguimos contribuyendo a su desarrollo y avance, y no a su destrucción o retroceso? Porque sabemos que hay gente —pero sin duda alguna una ínfima minoría— dentro y fuera del gobierno, del país, de las universidades, de las fábricas, de los cuarteles, de los partidos políticos, a quienes interesa más su predominio personal, su afán de mando o de figuración, la adquisición o la conservación de su poder, que su país, que su patria, que sus gentes todas.

¿POR QUÉ, ENTONCES, NO NOS
DEDICAMOS A SEGUIR
CONSTRUYENDO NUESTRO PAÍS,
COMO TANTOS LO HAN VENIDO
HACIENDO, Y SEGUIMOS
CONTRIBUYENDO A SU
DESARROLLO Y AVANCE, Y NO A SU
DESTRUCCIÓN O RETROCESO?

Pero, como decía Lincoln, no se puede engañar a toda la gente por todo el tiempo. Esa misma gente descubrirá, tarde o temprano, quiénes la sirven y quiénes se sirven de ella.

Tenemos confianza en las gentes de Colombia y en su capacidad de trabajo, de análisis y de decisión. Por eso empezamos este año con optimismo y esperanza.